

25.04.2012, París-Petersburgo

Estoy actuando en el *Olympia* de París y soy incapaz de tocar un trémolo. O mejor dicho, lo toco, pero de forma imprecisa, poco profesional, como lo hacen los guitarristas principiantes, que emiten un gorgoteo sordo en lugar de notas. Nadie se da cuenta y el *Olympia* explota en una gran ovación. Yo mismo me olvido de mi fracaso, pero, al meterme en la limusina, bajo los gritos de los fans, observo el movimiento característico de mis dedos. La mano derecha, como si quisiera redimir el error cometido, realiza ahora el trémolo, que ya es innecesario. Los dedos se mueven a una velocidad increíble. Es como si rozaran cuerdas imaginarias. Como ocurre con las tijeras del peluquero, que tras separarse del cabello por un momento, continúan cortando en el aire. Al acercarme al aeropuerto Charles de Gaulle, toco en el cristal la melodía que no me había salido y que no era nada complicada. ¿Cómo he podido quedarme bloqueado en el concierto?

Desde París tomo un avión para filmar un clip en Petersburgo. El pasajero del asiento de al lado se abrocha el cinturón de seguridad. Gira la cabeza y se queda de piedra. Me ha reconocido.

—¿Es usted Gleb Yanovski? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Sergéi Nésterov —dice extendiéndome la mano. —Soy escritor. Publico bajo el seudónimo de Néstor.

Estrecho sin fuerza su mano y lo escucho a medias. Me cuenta que regresa del Salón del Libro de París. A juzgar por el olor que se desprende de su boca, en el Salón no solo se presentaron libros. Y, además, el escritor no tiene, que digamos, una apariencia muy chejoviana: orejas prominentes, nariz en forma de silla de montar con grandes fosas nasales y sin lentes. Me entrega su tarjeta de visita. La meto en mi cartera y entorno los ojos.

Néstor me dice a mí, que estoy medio dormido:

—Seguramente no conoce mis obras...

—Solo una —respondo— bromeando, sin abrir los ojos.

*La Crónica de Néstor*<sup>1</sup>.

Sonríe.

—Bueno, esa es la mejor.

Sabe, yo también escribo. Escribo un diario que en realidad no es tal porque rara vez anoto algo, salvo en casa por las noches o en los aeropuertos. Pero después pierdo las anotaciones. Precisamente no hace mucho que se me perdieron en el aeropuerto. Y quién va a devolver unas hojas escritas en cirílico ¿Y, además, para qué devolverlas?

El avión va rodando hacia la pista de despegue y se detiene un instante, pero en ese momento el motor aumenta las revoluciones de manera brusca. Gruñendo y temblando por la impaciencia, el aparato toma velocidad en un instante. Se parece a un depredador cazando: tiembla y mueve la cola. No me puedo acordar ahora mismo de qué animal se trata. Es de la familia de los felinos. ¡Ah!

---

<sup>1</sup> N.T.: *La Crónica de Néstor* (o *Primera crónica eslava*), escrita en Kiev sobre el año 1113, es la historia de la Rus de Kiev, el primer Estado eslavo oriental, entre los años 850 y 1110, aproximadamente.

Sí, el guepardo. Es una buena comparación. La caza tiene lugar en el espacio que separa París de Petersburgo. El avión se separa de la tierra. Tras inclinar el ala, hace un círculo de despedida sobre París. Siento que me estoy quedando dormido.

Me despierto por una sacudida, seguida del anuncio de que entramos en zona de turbulencias. Nos piden a todos que nos abrochemos el cinturón. Me lo acababa de desabrochar. Incluso me había aflojado la correa de los pantalones, que me estaba apretando. Se acerca una azafata que me pide que me abroche el cinturón. Le digo que no me gustan los cinturones, ni en los coches ni en los aviones. Que se trata de un dispositivo que no está hecho para un hombre libre. La muchacha no me cree, se comporta extremadamente coqueta y a todos mis argumentos responde con un breve ¡Guau! Le da realmente pena que un artista tan estupendo vuele sin llevar el cinturón abrochado.

Para terminar la conversación, me dirijo de forma ostentosa a Néstor. Le pregunto si es difícil escribir libros, y él (dormido con el sueño del borracho) murmura que no es más difícil que tocar la guitarra. La azafata no expresa la más mínima irritación, está claro que la estrella se está comportando como un ser caprichoso. Así es como se supone que deben comportarse las estrellas. Me amenaza en broma con el dedo y se marcha. Siguiéndola con la mirada, Néstor añade de forma inesperada:

—Ahora de repente se me acaba de ocurrir que... Podría escribir un libro sobre usted. Me parece una persona interesante.

—Gracias.

—Usted me contaría su vida, y yo escribiría ese libro.

Reflexiono sobre la propuesta un minuto o dos.

—No sé qué responder... Ya se han escrito algunos libros sobre mí. A su manera no están mal, pero no describen mi personalidad con precisión. Todos reflejan una falta de comprensión.

—¿Musical?

—Más bien, humana... Yo lo diría de la siguiente manera: no llegan a comprender que lo musical surge de lo humano.

Néstor reflexiona meticulosamente sobre lo dicho. De pronto concluye de una forma inesperada:

—Creo que le gustará mi libro.

Una exhalación alcohólica se interpreta como una propuesta para confiar en él. Tiene gracia.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque soy un buen escritor. No es muy modesto por mi parte, dicho sea de paso...

—La verdad es que un poco sí. Aunque, por otro lado, para qué andarse con falsas modestias, si se es bueno. Toco el trémolo en el reposabrazos del asiento. Pues, venga, escriba, —añado.

El golpeteo rítmico me recuerda cómo hace cuarenta y tantos años en Kiev llevaba el ritmo Fyódor, mi padre, comprobando el oído musical de su hijo. ¿Puede ser este un principio perfecto para el libro? Me giro hacia Néstor, le cuento brevemente sobre mi primer examen y le repito incluso la tarea que me tocó hacer entonces y que no pude superar. Sonriendo, golpea con los dedos en el reposabrazos. Él también está suspendiendo el examen.

*1971*

En la víspera del primer día de clase, Gleb estaba sentado frente a Fyódor y, mientras contemplaba sus largos dedos, trataba de reproducir el ritmo. Al otro lado de la ventana, los tranvías iban de un lado para otro y se oían chirriar, cuando tomaban la curva. Como respuesta, en casa, la vajilla tintineaba suavemente en el aparador. Luego, Fyódor cantó algo y me pidió que yo lo repitiera. No fue

posible repetir la melodía, solo las palabras: paba-paba, paba-paba, paba-pa... No eran nada del otro mundo, ni siquiera conmovedoras. Me acuerdo de ellas solo porque se parecían a la palabra *papá*. Además, Fyódor le pedía que lo llamara en ucraniano: *tato*. Pocos en Kiev llamaban así a sus padres. Fyódor llevaba ya varios años sin vivir con Gleb y con su esposa Irina, que lo había dejado. Bueno, más bien, quien se fue había sido Fyódor, a quien Irina le había pedido que abandonara la vivienda que tenían en una residencia para familias. Tras ser expulsado, alquiló una habitación en otra parte de la ciudad y, con su título del Colegio de Música, consiguió trabajo, dando clases de violín en una escuela de música. Durante algún tiempo después del divorcio empezó a beber, prefiriendo bebidas baratas como *Oporto 72* o *Buket de Moldavia*. No le gustaban las fuertes. Y si bebía vodka, cuando llenaba la copa, no se la bebía de inmediato, sino que se la acercaba varias veces a los ojos y a la boca, y exhalaba. Luego se pellizcaba la nariz con los dedos y se echaba el agua de fuego en la boca totalmente abierta. Su exesposa consideraba que esta embriaguez tenía un carácter más bien ostentoso, ya que se producía principalmente ante los ojos de los que podían contárselo a Irina. En una de las raras conversaciones con su exesposo, esta había calificado de infantil este comportamiento. Sin pasar al ruso, Fyódor le replicó que su definición no resistía la mínima crítica, ya que los niños, según él, no bebían. La lógica estaba de su lado, pero eso no le ayudó a traer de vuelta a Irina a casa. Unos tres o cuatro años después, cuando a Fyódor finalmente le quedó claro del todo que su esposa no regresaría, las borracheras cesaron. Irina permitía que su padre visitara a Gleb, pero ella no experimentaba ninguna alegría con aquellas visitas. A decir verdad, el propio Gleb tampoco. Cuando llevaba al niño a dar un paseo, la mayoría de las veces Fyódor permanecía todo el rato en silencio o le recitaba poemas de memoria, lo que para Gleb, en cierto sentido, era peor que el silen-

cio. Con frecuencia, cuando, al final del paseo, Gleb se cansaba, Fyódor lo cogía en brazos. Sus ojos quedaban entonces al mismo nivel, y el hijo contemplaba al padre sin parpadear con su mirada infantil, que provocaba lágrimas en los ojos castaños de Fyódor. Una tras otra, rodaban por las mejillas y desaparecían para siempre en un exuberante bigote. A pesar de la evidente sobriedad al inicio del paseo, al final de él Fyódor ya se había puesto un poco alegre. Sentado en los brazos de su padre, Gleb distinguía el olor del vino barato, que en la memoria del niño quedó firmemente asociado a las lágrimas de su padre, que es posible que olieran así, ¿Quién ha estudiado alguna vez el olor de las lágrimas? Cuando le faltaba nada y menos para ser alumno del primer curso del colegio, Gleb expresó su deseo de aprender a tocar la guitarra, Irina misma lo llevó a casa de Fyódor. Sentada en un rincón, observaba en silencio cómo, cuando repetía lo que había cantado su padre, Gleb no era capaz de coger la tonalidad. Гліб<sup>2</sup>... Fyódor se sirvió medio vaso de vino y se lo bebió de tres tragos. Гліб... Гліб, дитя моє, ти не створений для музики<sup>3</sup>. Papá, no bebas, le pidió Gleb en ruso. Mi padre se echó otro medio vaso y dijo: п'ю, бо ти не створений для музики —перший з музичного роду Яновських<sup>4</sup>. Vio una corteza de pan que había en la mesa, se la llevó a la nariz y dijo: прикро! ¿Qué significa *прикро*?, preguntó Gleb. *Прикро* significa: 'es una pena', dijo Irina. Sí, es una pena, confirmó Fyódor. Sin decir una palabra más, la madre cogió a su hijo de la mano y lo sacó de la habitación. Al día siguiente fueron a matricularlo en la escuela de música más cercana. Allí también le pidieron a Gleb que repitiera la frase rítmica

---

<sup>2</sup> *україн.* Gleb.

<sup>3</sup> *україн.* Gleb, hijo mío, tú no estás hecho para la música.

<sup>4</sup> *україн.* Gleb, hijo mío, tú no estás hecho para la música, eres el primero de los varones Yanovski que no lo está.

y la melodía que había cantado. Preocupado, el niño realizó la tarea incluso peor que el día anterior, pero esto no desanimó a nadie. La sorpresa acechaba a Gleb en otra cuestión: su mano era demasiado pequeña para el mástil de la guitarra, por lo que le ofrecieron admitirlo en una escuela de música en la clase de domra<sup>5</sup> de cuatro cuerdas, al menos, hasta que su mano creciera. Irina, claramente contrariada, preguntó que por qué se trataba precisamente de una domra de cuatro cuerdas. Le respondieron que, por supuesto, también existía una de tres, pero que la típicamente ucraniana (la guitarra que tenía Gleb en las manos fue sustituida por una domra) era la de cuatro. Los dedos del niño abrazaban sin problemas el mástil del instrumento. Y a Irina también le pidieron no confundir las dos domras con la oriental e, incluso, iban a explicarle la diferencia entre ellas, pero no quiso escucharla. Quería haber preguntado por qué era imposible encontrar una guitarra más pequeña para Gleb, y si no les estaban engañando, enviando a su hijo a un lugar donde nadie va voluntariamente, pero no dijo nada. Tras levantarse, simplemente cogió a Gleb de la mano. Su otra mano seguía sosteniendo la domra. Irina le indicó con la mirada que podía dejar el instrumento en su lugar, pero Gleb no lo hizo. ¿Quieres tocar la domra de cuatro cuerdas?— le preguntó ella. Sí, respondió el niño. Esto resolvió el asunto, porque la madre intentaba no contrariarlo una vez más. Lo matricularon en la escuela de música en la clase de domra. Aunque Gleb empezó a ir también a una escuela normal. Siempre recordó los colores, los olores y los sonidos que había el 1 de septiembre de 1971<sup>6</sup>, porque aquel día sus sentidos se agudizaron extraordinariamente. El olor del uniforme escolar recién planchado: marrón, con la raya

---

<sup>5</sup> *N.T.*: Instrumento de cuerda popular ruso, ucraniano y bielorruso de la familia del laúd con un cuerpo redondo y tres o cuatro cuerdas.

<sup>6</sup> *N.T.*: Era el día del comienzo del curso escolar en toda la URSS.

muy marcada en los pantalones. El color y la raya eran, pensaba Gleb, lo que producía ese olor. Al igual que el olor de la cazadora provenía de las propiedades impermeables del material. Pero con la primera lluvia, el material resultó ser permeable, aunque esto no afectó en absoluto al olor. Esta fue la primera cazadora de Gleb, que hasta entonces había llevado solo abrigos. Aquel cálido día de septiembre no hacía necesario llevar cazadora, pero el niño tenía muchas ganas de ponérsela, aunque su madre estaba en contra. Años después, mientras observaba su primera foto de la escuela, Gleb Yanovski se dio cuenta de que esa cazadora no era nada del otro mundo. Nunca pudo entender qué era lo que en aquel entonces le gustaba en aquella prenda de vestir. Tal vez lo había embriagado su olor, como una planta carnívora embriaga a los insectos. Sea como fuere, el 1 de septiembre, la madre, como siempre, intentó contentarlo. Le ayudó a ponerse la cazadora y la mochila. Pero le aconsejó que no se la abrochara. La mochila olía a cuero, y, además, a agua y a aceite, y a plástico venenoso del plumier, en el que sonaban los bolígrafos y los lápices. Cuando el niño caminaba despacio, el ruido era moderado, pero cuando se ponía a correr, el sonido se intensificaba repetidamente, recordando el nítido ritmo de las maracas de las orquestas. Cuando creció un poco más, se preguntaba dónde es donde enseñan a tocar las maracas. ¿Es que hay clases de maraca en la escuela de música, como hay clases de violín o piano? Y no encontraba respuesta de por qué no había tal clase. Así que, ya he hablado de la mochila y de la escuela. Por deseo del padre, a Gleb lo enviaron a una escuela, donde enseñaban en ucraniano. La madre nunca se opuso. Casi nunca se oponía a nada. Conociendo su capacidad para adaptarse a las circunstancias, uno podría sorprenderse de que hubiera tenido el carácter suficiente para separarse de su esposo. Aunque lo sorprendente, sin embargo, fue más bien que hubieran podido congeniar los dos. Fyódor era originario de Kamianéts-



Podilskyi, e Irina, de Vólogda, ambos en su tiempo habían estudiado en el Instituto de Aviación Civil de Kiev, y ambos habían llegado allí por casualidad. Irina, después de un intento fallido de entrar en el Instituto del Teatro, y Fyódor, en el Conservatorio. De esta forma tuvieron la oportunidad de quedarse en una gran ciudad. La aviación civil no les interesaba lo más mínimo aunque era una de las pocas cosas que los unía. Por lo demás, hablaban diferentes lenguas en sentido literal y figurado. Se dice que la divergencia genera atracción, y es posible que sea cierto, pero solo al principio. Sí, la belleza septentrional de Irina atraía al Fyódor meridional de pelo oscuro. Esa belleza era como la niebla en una breve bonanza de la mañana, como el sueño de la hija del zar, que es tentador romper, era un estanque tranquilo por el que uno quiere que se muevan las ondas del agua. Pero a Irina le impresionaba la constante melancolía de Fyódor, que procedía de su experiencia y sabiduría. Ella escuchaba con placer las palabras ucranianas que él pronunciaba y exigía la traducción cada minuto. Pero lo que encendía los sentimientos en los primeros años, con el paso del tiempo, a los ojos de Irina, se convirtió en lo opuesto. El aspecto meditabundo de Fyódor comenzó a parecerle sombrío, la sabiduría no aparecía con la frecuencia con la que ella esperaba, y las palabras incomprensibles de un lenguaje hermoso pero extraño comenzaban a causarle irritación. Ella ya no preguntaba por su traducción, esperando que Fyódor adivinara cuándo tenía que hacerla él mismo. Irina podría haberle obligado a cambiar al ruso (en los casos importantes, él lo hacía), pero en la pronunciación de Fyódor, su lengua materna le parecía horrible. Y en la cama, al escuchar sus palabras en ruso, se reía, como si le hicieran cosquillas, lo empujaba y le pedía que hablara solo en ucraniano. Y luego ella se marchó. Ya adulto, Gleb oyó repetidamente hablar de que había habido una razón diferente para el divorcio: el comportamiento supuestamente *frívolo* de Irina. En la frivolidad de su madre

(sea lo que fuese a lo que se referían) tal vez podía creer, pero no asociaba el divorcio con ella. La razón del divorcio, tal y como le parecía a él, era más profunda y, de alguna forma, más trágica. Lo que sucedió entre sus padres, Gleb lo explicaba por esa meditación profunda en la que el padre caía de vez en cuando. La madre, una persona optimista, comenzó a sentir miedo de ella. En esos momentos, Gleb también se sentía incómodo. El padre parecía caer en un pozo profundo y contemplaba desde allí las estrellas, visibles solo para él, incluso durante el día, rasgo típico de los contempladores. Cuando Irina se fue, Fyódor expresó toda la plenitud de sus sentimientos con el violín. Solía tocar a solas. Gleb lo escuchó en una ocasión, cuando con el permiso de su madre se quedó a dormir en casa de su padre. Por la mañana temprano, para no despertar al niño, Fyódor tocaba, encerrado en el baño. Tras, además, abrir el grifo para silenciar los sonidos del violín, que, mezclados con el ruido del agua, impresionaron a Gleb en el fondo de su alma. En 2003 grabó varias composiciones donde sonaba una guitarra en medio del ruido del agua, y fue un recuerdo de la interpretación musical de su padre. Cuando las estaba grabando, de repente le vino la idea de que, de hecho, su padre había abierto el grifo para ahorcarse tranquilamente. Cuando Gleb terminó de grabar las composiciones con el ruido de la lluvia, le dijeron que contenían un toque de desesperación. Gleb no respondió nada. Recordaba la expresión especial de los ojos de su padre, que solo podía definirse como de desesperación. ¿Pero qué pasó realmente entonces? ¿Era o no Irina una frívola? Más bien, no. Fue una mujer que percibía el lado soleado de la vida. Y no estaba dispuesta a profundizar en su lado oscuro. A menudo repetía que le gustaría vivir en Australia; por alguna razón, este país le parecía el epítome de la despreocupación. En broma, pedía que le encontraran un marido australiano con el que pudiera viajar por todo el mundo. En una de esas conversacio-

nes, Gleb escuchó por primera vez la palabra *Brisbane*. Y al hablar de la ciudad de sus sueños, la madre mencionó precisamente ese nombre. Cuando le preguntaron que por qué esa ciudad en particular, la respuesta fue muy simple: su nombre sonaba bonito. La respuesta les pareció graciosa a todos menos a Gleb. Brisbane. La ciudad se unió fácilmente a las de Zurbagan, Gel-gyu y Liss<sup>7</sup>, que el niño había leído en Aleksandr Grin<sup>8</sup>. Gleb entonces le preguntó a su madre si lo llevaría con ella a Brisbane. Claro que sí, le dijo, dándole un beso en la frente. ¿Cómo no lo iba a llevar? Llegará el día en que vivirán en Brisbane. Años más tarde, cuando Gleb ya estaba terminando la escuela, Irina quería comprarse un paquete turístico a Australia con el dinero ahorrado. Entonces la citaron a la Comisión del Partido Comunista, que debía autorizar su viaje, o mejor dicho, como resultó después, no autorizarlo. Ella no era miembro del Partido Comunista, por lo que la pregunta de por qué la cuestión tenía que resolverla la Comisión del Partido seguía estando abierta. Le pidieron que enumerara los nombres de los miembros del Buró Político<sup>9</sup>, que les contara de qué se había tratado en el último Congreso del Partido Comunista y que enumerara las principales ventajas del sistema socialista sobre el capitalista. Ella respondió a la primera, a la segunda e, incluso, a la tercera. Esta última le pareció la más difícil, pero también logró responderla porque se había preparado a fondo. Entonces, a Irina le hicieron la última pregunta, inesperada, como la salva de un tanque. Le preguntaron si ya había visto todo en la URSS. A esta pregunta era imposible responder afirmativamente: el país en el que había nacido era demasiado grande. Pero una respuesta nega-

---

<sup>7</sup> *N.T.*: Ciudades ficticias que aparecen en las obras del escritor ruso Aleksandr Grin.

<sup>8</sup> *N.T.*: Destacado escritor de literatura neorromántica ruso. Su verdadero nombre era Aleksandr Grinevski.

<sup>9</sup> *N.T.*: Órgano de dirección supremo del Partido Comunista de la URSS.

tiva implicaba que la madre de Gleb debía posponer el viaje a Australia hasta que viera todo en la URSS, así, al menos, le parecía a los miembros de la Comisión. Se le denegó la autorización. Sin embargo, Irina encajó esto con deportividad, como solía encajar casi todo. Tal vez, precisamente gracias a esta cualidad, poco después del divorcio, le concedieron una habitación en un edificio de pisos comunales<sup>10</sup>. Se la entregó el Departamento de Proyectos, a donde la habían enviado destinada tras sus estudios, como una joven especialista en aviación civil. Si ella se hubiera tomado esta oportunidad en serio, probablemente no le habrían dado nada. Con el traslado de la residencia al piso comunal cambiaron muchas cosas en la vida de Gleb. En primer lugar, apareció la abuela Antonina Pávlovna, que había llegado de Vólogda para sustituir a su madre, que constantemente viajaba a diferentes lugares. Su madre explicaba sus ausencias por viajes de trabajo, y todo terminaba con regalos a Gleb, que (la mayoría de las veces eran juguetes de plástico) los colocaban silenciosamente sobre la almohada del niño dormido. No se preguntaba por qué a su madre le encantaban precisamente esos juguetes, solo los aceptaba con gratitud. Como un perro entrenado para buscar, se despertaba con el olor a plástico que sentía ligeramente en sus fosas nasales porque era un olor a alegría. Tras abrir los ojos, veía a su madre, que estaba sentada en un taburete junto a su cama y le sonreía. A veces lloraba: nunca sus regresos pasaban desapercibidos. Por qué tienes tantos viajes de trabajo, preguntó Gleb en una ocasión. La madre se sonrojó y no respondió. Miró a la abuela, pero ella

---

<sup>10</sup> *N.T.*: Este concepto, que pertenece a la realidad soviética y que creció como respuesta a la crisis de espacio para vivir en áreas urbanas, se convirtió en la forma predominante de vivienda en la URSS durante generaciones. Varias familias (normalmente, de dos a siete) compartían el piso comunal, en el que cada una de ellas tenía su propia habitación, que era a la vez sala, comedor y dormitorio. Los pasillos, cocina y el baño eran compartidos con el resto de familias.

fingió que no había oído nada. Se secó las manos en el delantal, siempre hacía este gesto redentor. Cuando su madre se fue a trabajar, Gleb repitió la pregunta a su abuela. Antonina Pávlovna no dijo nada y le puso un dedo en los labios. ¡Tss! Le dijo a Gleb. ¿Comprendes que necesita a un hombre fiable cerca, solo que a ver dónde lo encuentras? ¿Y papá, preguntó Gleb, no es de fiar? Papá... La abuela suspiró e hizo un movimiento de brazos, expresando perplejidad. Mientras tanto, papá estaba muy contento de que Gleb tocara un instrumento popular ucraniano, y especialmente de que su hijo lo hubiera elegido él mismo. La falta de oído ahora no parecía un obstáculo insuperable para Fyódor, en el sentido de que el oído musical, cuando se toca la domra en casa, tampoco es necesario. Para tocar un violín que no tiene trastes, sí, es deseable, pero para los instrumentos que tienen el mástil dividido en trastes ese requisito es excesivo. Además, el oído, según Fyódor, también puede desarrollarse (Якоюсь мірою<sup>11</sup>, precisaba él). Un día, Fyódor llevó a Gleb a una tienda de instrumentos musicales y le propuso comprarle una domra. De forma demostrativa, el padre le dio a su hijo la oportunidad de elegir: consideraba que las cualidades de los instrumentos de menos de doce rublos estaban por debajo de su dignidad. Después de darse una vuelta por la tienda, Gleb se detuvo ante la domra de color más oscuro de todas y se la llevó a su padre. Fyódor miró con rigurosidad a su hijo: у неї ж немає струн. Будь уважний, синку<sup>12</sup>. Tras dudar un poco, el padre tomó una de las domras y pasó el pulgar por las cuerdas. Hizo una mueca, al escuchar el sonido de enchapado, que recordaba al de una balalaika de juguete. La otra domra era igual y todas las demás también. Eligieron, como quería Gleb, por el color, no tan oscura como la primera, pero con cuerdas. Cuando regresa-

---

<sup>11</sup> *ucran.* Hasta cierto punto.

<sup>12</sup> *ucran.* No tiene cuerdas. Presta atención, hijo mío.

ron, en casa olía a almuerzo preparado. ¿Te quedas a comer con nosotros? —preguntó Gleb a su padre. Ні, ответил Федор. Мене ніхто й не запрошує<sup>13</sup>. ¿Qué significa *не запрошує*?— sintió curiosidad el chico. Significa ‘Nadie me ha invitado’, mirando a los ojos de Fyódor, explicó Irina. Mientras la abuela se secaba en silencio las manos en el delantal. A ella le parecía que la persona, que hasta hace poco había sido exmarido de su hija, debía ser invitado.

18.07.2012, Kiev

Al llegar de gira a Kiev, visito a mi padre. Me recibe con amabilidad, pero sin demasiado júbilo.

—Привіт, москалю. Що скажеш?<sup>14</sup>.

Sonríe y yo sonrío como respuesta:

—¡Oye! ¡Pues, bienvenidos al Imperio!

El padre echa tabaco sobre el papel del *papirosa*<sup>15</sup>, lo envuelve y, después de pasárselo por la lengua, lo pega.

—Нам цього не можна<sup>16</sup>.

—¿Por qué?

Chasquea el encendedor y suelta el primer círculo de humo.

—А ти, синку, подумай сам<sup>17</sup>.

Entra Galina, la segunda esposa de mi padre, asintiendo con la cabeza con miedo. Pone un cenicero delante de su marido y sale de la habitación.

---

<sup>13</sup> *ucran.* No, nadie me ha invitado.

<sup>14</sup> *ucran.* Hola, moscovita, ¿qué te cuentas?

<sup>15</sup> *N. T.:* Cigarrillo emboquillado.

<sup>16</sup> *ucran.* No podemos hacerlo.

<sup>17</sup> *ucran.* Hijo, piénsalo tú mismo.

—Tengo algunas dificultades con la mano derecha —le digo, flexionando y extendiendo los dedos. —Cuando estuve actuando en París, casi fue un fracaso.

—Грають не рукою —душею<sup>18</sup>. Згадай Паганіні —він грав за будь—яких обставин<sup>19</sup>.

Me mira sonriendo a medias.

—Al menos tenía una cuerda, eso ya es algo. Pero sin una mano, sabes...

—Він зіграв би і зовсім без струн, синку. І без руки б зіграв<sup>20</sup>. —Tras pensar un poco, mi padre añade: —А втім— піди до лікаря<sup>21</sup>.

Sí, tal vez lo haga. Cuando estoy a punto de irme, por alguna razón, recuerdo la propuesta del escritor de Petersburgo de escribir un libro sobre mí y se lo cuento a mi padre. Se encoge de hombros y, la verdad es que, ya me arrepiento de habérselo dicho. Envuelve un nuevo *papirosa* y lo enciende.

—Музика —вона і в Петербурзі музика. Хай пише<sup>22</sup>.

El humo liberado da un salto mortal, tan difícil como lento. Con la edad, parece que mi padre se ha vuelto más pausado y más blando. O tal vez más indiferente.

—No se trata de música —digo. —No es la música lo que es necesario describir, sino mi experiencia de vida como músico, que luego se convierte en música o en literatura. No sé si el escritor lo entenderá.

De casa de mi padre al hotel voy a pie. Para no ser reconocido, me bajo la gorra hasta la nariz, es mejor que las gafas de sol, que

---

<sup>18</sup> *ucran.* No interpretan con la mano sino con el alma.

<sup>19</sup> *ucran.* Recuerda, Paganini interpretaba en cualquier circunstancia.

<sup>20</sup> *ucran.* Y sin cuerdas también tocaría. Tocaría sin manos.

<sup>21</sup> *ucran.* Y después habría ido al médico.

<sup>22</sup> *ucran.* La música es música dondequiera que la toquen. Que escriba el libro.

atraen la atención por sí mismas. El camino se encuentra al otro lado del Jardín Botánico. Por un paseo lateral llego a la cafetería en la que mi abuela y yo comíamos helado. La cafetería sigue en su lugar, el helado, al parecer, también, pero mi abuela no. Cada vez que vengo, voy al cementerio, donde dos metros de arcilla roja nos separan.

Me siento en un banco y me pongo a mirar la cafetería. Una ardilla se acerca hasta el lado mismo de mis piernas. Está de pie sobre sus patas traseras. Las delanteras las tiene plegadas en el pecho. Le explico que no llevo comida conmigo, que podría, por supuesto, comprar algo y traérselo, pero eso es tan complicado... las palabras no sirven de nada. Me doy una palmada en los bolsillos para que la ardilla vea que no tengo nada que darle de comer. Para mayor claridad, saco mi cartera e incluso la abro. Hay, por supuesto, una teatralidad excesiva en esto. En el sentido de que en la cartera no hay ningún sitio para llevar alimentos. El límite de mis sueños es tan solo queso en lonchas.

Veo la tarjeta de visita de Néstor. ¿Para qué empecé a contarle sobre mi infancia? ¿Para qué va a escribir todo esto? Se me ocurre que podría echarle la tarjeta de visita a la ardilla, y que ella lo llame. Escribiré sobre la vida de la ardilla, ¿Es que acaso no es interesante? Ya se han publicado media docena de libros sobre mí, pero quizá ninguno sobre una ardilla. ¿Se llamaría entonces *Relatos de Belkin*<sup>23</sup>. Cojo el trozo de cartón con dos dedos y estoy a punto de echárselo. Pero me detengo. En realidad, sobre mi *vida*, tampoco hay ni un solo libro. Han escrito sobre cualquier cosa, pero no sobre mi vida. Sí, hay algo en lo que pensar... Pongo la tarjeta en su sitio.

---

<sup>23</sup> N. T.: El autor juega con la semejanza de la palabra rusa бeлькa (*bel'ka* 'ardilla') y el título de una conocida obra de A. S. Pushkin *Los relatos de Belkin*.



1972

Gleb pasó todo el otoño con Antonina Pávlovna. Después de la escuela iban al Jardín Botánico, que estaba exactamente en frente de la casa. Nadie llamaba Jardín Botánico a este fabuloso lugar. Le llamaban *Botánika*. Allí, Gleb y su abuela recogían ramos de hojas de arce, de color amarillo y rojo intenso, que luego estaban por toda la habitación en botellas de leche. Recogían también escaramujos, con los que la abuela preparaba té. Por sí mismo, el escaramujo no es demasiado atractivo, lo mezclaba con algo más, lo que hacía que el sabor del té fuera más rico. Pero el interés principal del té consistía, por supuesto, en que el escaramujo había sido recogido con sus propias manos. Era la parte no cubierta del Botánika, donde se permitía recoger cualquier cosa. El Jardín descendía desde la colina con terrazas, en una de las cuales había ardillas. Para ser más exactos, estaban por todo Botánika, pero en esta terraza permitían darles de comer. Comían directamente de las manos de la gente. En el bolsillo del abrigo de temporada, Antonina Pávlovna les traía avellanas. Había comprado el abrigo en Kiev y la palabra “*de temporada*” (tras, al parecer, haberla escuchado a alguien) la pronunció durante cierto tiempo por la nariz, y luego dejó de hacerlo. Pero en todos los demás casos, pronunciaba “o” como hacen en Vólogda: хорошо (*goroshó*), молоко (*molokó*), мороженое (*morózheno<sup>e24</sup>* ‘helado’), que precisamente era la alegría de Botánika, y su día era el domingo. Aproximadamente a las dos, la abuela y su nieto llegaban al café al aire libre, que estaba situado a la salida de la estación de metro *Universitet*. Todo aquí era redondo: la salida del metro, la cafetería, ni que decir tiene las bolas de helado, es que no podían tener otra forma. Las servían en vasos de plástico y se comían con cucharillas también de plástico.

---

<sup>24</sup> N. T.: En el ruso literario actual, la “o” en posición átona se pronuncia como “a”.

Estas cosas hermosas eran propiedad inalienable de la cafetería, ya que el tiempo de las vajillas y cubiertos desechables aún no había llegado. Por cierto, a Gleb le gustaban mucho esas cucharillas. Una vez, tras lamer una de ellas después de comerse la consiguiente porción de helado, se la metió en el bolsillo de los pantalones. En casa le contó la adquisición a la abuela, quien, aunque no dijo nada, ya manifestaba la respuesta en su rostro. Todo en su cara adoptó literalmente una expresión seria: las arrugas de encima de las cejas, las ojeras de debajo de los ojos y las comisuras de los labios. Resultaba que había robado una cucharilla, y mañana tras la escuela, juntos (después de todo, la robamos juntos, precisó la abuela) irían a devolverla, lo que era interpretado por Gleb como un acto solemne y aterrador, en presencia de todo el personal de la cafetería y tal vez de la policía. Por la noche casi no pudo dormir, aunque finalmente lo logró, si bien el sueño fue peor que estar despierto. Se imaginaba cómo su abuela y él entraban en la cafetería y se sentaban a la mesa. Sin que les diera tiempo a pedir nada, unos policías que aparentaban ser simplemente amantes de los helados se lanzaron desde las mesas vecinas hacia ellos. Vestidos de paisano, tenían un aspecto rebosante de frivolidad: panamás, pañuelos de cuello y pantalones cortos. Solo por eso, uno podía imaginarse ya que se trataba de una emboscada. Los policías se lanzaron sobre Gleb (ante los ojos de espanto de la abuela), y este se convirtió en el episodio más aterrador del arresto. Cuando le ponían las manos detrás de la espalda, no sintió miedo, cuando le ponían las esposas y lo llevaban al Volga, GAZ-21<sup>25</sup>, tampoco sintió miedo. Pero cuando saltaron y corrieron hacia él, sí lo sintió. Hijos de perra, pasma de mierda, gritó Gleb, dando alaridos. Así gritaba también mi vecino, el tío Kolya, cuando lo detenían,

---

<sup>25</sup> La marca GAZ (Gorkóvsky Avtomobílny Zavod) es el mayor fabricante soviético-ruso de vehículos civiles y militares. Fue fundada en 1932.

gritaba y se tiraba por el suelo, y todo el piso lo miraba con reprobación. Lo miraba de arriba a abajo. Y Gleb seguía tirado en el suelo, atrapando la mirada de la abuela: ¿Qué? ¿Ves lo que ha pasado? ¿Es que no podíamos habernos quedado en casa? La abuela lloraba: ya lo había entendido todo. Estar dentro del coche con las manos atadas a la espalda era incómodo, pero el hecho de que lo llevaran en un *Volga* adornaba un poco la situación. Gleb siempre había soñado con montarse en un *Volga* (¡Con un ciervo<sup>26</sup> delante! ¡Qué pasada!), solo que nunca había podido... Sí, parte de la noche no durmió, y luego estuvo dormitando en las clases. Al salir de la escuela, su abuela y él se fueron a la cafetería. Contrariamente a lo que esperaba el niño, todo transcurrió de forma bastante simple e incluso con amabilidad, porque probablemente lo peor ya había sucedido por la noche. La abuela pidió dos helados y, mientras los traían, colocó la desgraciada cucharilla en la mesa de al lado. Muchos años después, Gleb recordaría esta cucharilla en los aviones, cuando removía el té, servido por la azafata. En aquel entonces, volaba casi semanalmente (la abuela ya no estaba a su lado; ella, muerta, yacía en el cementerio *Berkóvtsy* de Kiev) y, en consecuencia, tenía amplias oportunidades de elegir todas las cucharillas que quisiera. Pero no volvió a coger ni una sola más: la vida da muchas lecciones. Hablemos ahora de los estudios. Gleb, como ya se ha dicho, iba a una escuela que tenía el ucraniano como lengua vehicular. Esta elección fue bien recibida no solo por el padre (lo cual era comprensible), sino también por la madre, que creía que era necesario conocer la lengua del lugar donde vivías. En la elección también influyó, a decir verdad, una circunstancia práctica. Mientras que las escuelas rusas estaban a rebosar de personas que querían estudiar en ellas

---

<sup>26</sup> *N. T.*: Este modelo de coche de la marca *Volga* llevaba una estatuilla de un ciervo en el capó.

(5 clases en dos turnos a 45 por clase), en las ucranianas reinaban la tranquilidad y el confort. En la clase de Gleb había 24 alumnos y un solo turno. En esta escuela estudiaban los hijos de los escritores ucranianos y, como estaba cerca de la estación de ferrocarril, también estudiaban allí los chicos de las aldeas más cercanas a Kiev. Gleb no pertenecía a ninguno de los dos grupos, y su ucraniano se reducía a palabras sueltas escuchadas a su padre. Sin embargo, en los casos importantes de verdad resultó que los hijos de los escritores ucranianos tampoco dominaban esa lengua. Cuando en la primera clase, la tutora del curso, Lesya Kirílovna, preguntó cómo se decía *junco* en ucraniano, solo los niños que venían de las aldeas pudieron responder. Очерет, dijo un estudiante, apellidado Bjilka. Очерет, Gleb susurró encantado. Pensó con amargura que entre las personas que conocían estas palabras mágicas, él no tenía nada que hacer. Estaba condenado a ir a la zaga y a admirar a los que iban por delante. Gleb, sin embargo, se equivocó. Durante todos los años siguientes, Bjilka no dio una sola respuesta correcta: Очерет fue su minuto de gloria. Posteriormente, Gleb trató de recordar por qué, en la primera clase, Lesya Kirílovna se puso a hablar de *juncos*. Obviamente, debía de haber también alguna explicación para eso. Aunque no necesariamente: en las instituciones educativas sucedían también cosas inexplicables. Incluso misteriosas. Así, en los momentos de ira, Lesya Kirílovna movía los labios, diciendo algo en silencio. Es decir, en esos casos, ella decía algo también en voz alta, pero lo expresado tenía un carácter generalmente decente, al menos en comparación con la expresión de su rostro. También seguía siendo un misterio el hecho de que ella no pronunciara las palabras, aunque la expresión de su cara coincidía, obviamente, con ellas. Cuando en una ocasión, coincidió que la oreja de Gleb estaba al lado de los labios de Lesya Kirílovna (ella se había inclinado sobre él), algunas de las palabras misteriosas se aclararon. Hay casos en que la solu-

ción no trae el consuelo. Ni la alegría. La alegría en la vida suele ser un invitado poco frecuente. De todas las cosas sombrías de aquellos años, no había nada más sombrío que las clases de lengua rusa. Cada una de ellas, Lesya Kirílovna las comenzaba con un calentamiento, que, por recomendación del manual de instrucciones del maestro, incluía trabalenguas. Por ejemplo, uno de ellos era este, muy triste: *Zhútko zhúku zhit' na súku*<sup>27</sup>. Primero, los que estaban en clase lo pronunciaban por separado, por orden, y luego a coro. Después de escuchar a todos con un aspecto sombrío (¿y con qué otro aspecto se podía escuchar un texto así?), Lesya Kirílovna se lamía los labios y se preparaba para mostrar una pronunciación modélica. En la primera “u”, pasaba suavemente a dar aullidos, el resto no era mucho mejor. Con una interpretación así, el trabalenguas perdía velocidad, pero adquiría un matiz horroroso. Solo tras escuchar a Lesya Kirílovna, uno podía entender completamente los sentimientos del escarabajo. Algunos lloraban, mirando cómo, de pie junto a la mesa, su maestra soltaba una “u” tras otra, que salían volando sin control (y espeluznantemente) por la clase. En general, con Lesya Kirílovna todo era bastante complicado: en una ocasión, a mitad del curso escolar, tras mirar por la ranura de la puerta, la alumna Plachinda vio cómo Lesya Kirílovna se sentaba por turno en los sitios de los diferentes alumnos e, imitándolos, con sutiles voces infantiles, hacía como que respondía a las preguntas de los maestros. Para hacer estas preguntas, la maestra regresaba cada vez a su mesa y desde allí se dirigía a la víctima de turno con una voz deliberadamente brutal. Su voz ya lo era de por sí bastante, por lo que, a decir verdad, no tenía que esforzarse mucho. Lo que más sorprendió a la alumna fueron dos circunstancias. Primero: cuando

---

<sup>27</sup> N.T: “Es espeluznante para un escarabajo vivir en el nudo de una rama” (rus. Жутко жуку жить на суку).

le tocaba responder, imitando a Plachinda, Lesya Kirílovna hacía muecas, gesticulaba ardientemente y quedaba claro por sus chirridos que no se había aprendido la lección. Segundo: tras regresar al lugar del maestro, Lesya Kirílovna le soltaba a la que estaba respondiendo toda una sarta de tacos de campeonato. Sí, a la alumna le disgustó que alguien la viera así desde afuera, sí, también le disgustó que no se supiera la lección, pero ¿y los tacos, a qué venían?, se preguntaba ella, y, además, ¡menudos tacos! Cuando contó todo en casa, los padres, para sorpresa suya, mostraron una actitud moderada. Después de morderse los labios, Plachinda-padre murmuró que, al fin y al cabo, la escuela es de enseñanza general, y que la educación de los escolares se lleva a cabo en diferentes direcciones... Mientras tanto, además de a la escuela de enseñanza general, Gleb continuaba yendo a la de música. Las primeras dos semanas, su maestra fue solo Vera Mijáilovna, una joven entrada en carnes. Varias veces, el niño escuchó que ella era su maestra de *especialidad*. Le gustaba ahora eso de tener una especialidad y una maestra que se dedicara solo a él y *le enseñara a colocar bien la mano* en la domra. La palmita de su mano en las de Vera Mijáilovna parecía plastilina: la maestra modelaba en ella la mano de un verdadero domrista. Le daba a sus dedos la posición correcta, a veces la sacudía, como si pretendiera arrojar todos los errores e imprecisiones, y la apretaba, la apretaba, la apretaba. Precisamente esta parte de las clases era la que más le gustaba a Gleb. Esos roces con Vera Mijáilovna provocaban que una corriente de baja tensión recorriera su brazo y su columna vertebral. Tal vez por eso aprendió bastante rápidamente a coger correctamente la púa, un pequeño pétalo de plástico con la que se toca las cuerdas de la domra, que son cortas y rígidas, a diferencia de las de la guitarra, que son largas y blandas. Aquí la púa es imprescindible. Se ha de sostener con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, que tiene que adoptar una forma de casita.

Es necesario tocar —y este es un punto muy importante—, con un movimiento de la mano, y no con todo el brazo. El movimiento de la mano no le salía a Gleb y, por alguna razón, movía todo el brazo a la vez. Pero a principios de octubre lo consiguió. En octubre, Irina ya no vivía con Gleb ni con Antonina Pávlovna. Iba a casa casi todas las tardes, tomaba té, pero se iba a pasar la noche a otro sitio. A diferencia de los viajes de trabajo, esta fue una historia larga, y lo que es más importante, mucho más seria. ¿A dónde vas todo el tiempo?, le preguntaba Gleb, pero su madre no respondía. Solo sonreía. En sus ojos brillaba la felicidad. En noviembre, regresó a casa, por cierto de una manera extraña, en plena noche. Estaba abatida. Gleb y su abuela no preguntaron nada, ni ella dio ninguna explicación. A partir de ese día, Irina pasaba todas las noches en casa, por lo que Gleb estaba increíblemente feliz. No se sentía mal con su abuela, simplemente le gustaba cuando todos estaban juntos. Además, Antonina Pávlovna, pese a todo, en todos los sentidos era una abuela, tanto por edad como por posición, mientras que Irina era una mujer joven con la que era interesante estar. Aquel otoño, sin embargo, una mujer surgió en la vida de Gleb, con quien resultó ser aún más interesante estar. Se trataba de la maestra de música Klavdia Vasílyevna (Gleb la llamaba para sí Klávochka), que se convirtió en su primer amor. Klávochka era, de hecho, todavía una niña, pero incluso en estas circunstancias resultaba ser tres veces mayor que su admirador. Y aproximadamente el doble de alta. Sin embargo, esto no fue lo que más le preocupaba a Gleb. Klávochka enseñaba lo que la mujer amada no debería enseñar en ningún caso: solfeo. Cuando iba una vez a la semana a su clase, Gleb experimentaba dos sentimientos opuestos: amor por Klávochka y repugnancia por su asig-natura. Antes del solfeo, la música le parecía que había llegado volando desde el cielo, sin ninguna explicación para su belleza. Pero las explicaciones existían y se parecían más a las matemáticas que

a la música. La nave aérea en la que se había embarcado Gleb resulta que tenía una sala de máquinas bastante sombría, donde los engranajes retumbaban y olía mucho a grasa. Lo más sorprendente era que Klávochka era la que mandaba en este mundo tenebroso, cuyas propiedades Gleb no comprendió de inmediato. Mientras Klávochka explicaba la duración de las notas y las características de la partitura, nada malo le venía a la cabeza. Los primeros temores comenzaron a aparecer cuando ella pasó a las tríadas, que definió como el acorde de tres sonidos dispuestos por terceras. La única alegría consistía en mirar los dedos delgados de Klávochka, con los que mostró una tríada en el piano: do-mi-sol. Luego cantó otra: do-mi-sol. La voz era tierna, aterciopelada, honestamente, qué pena que no cantara cualquier otra cosa... Lo que también estaba mal en las clases de solfeo era que Klávochka no se dedicara sola a Gleb: a clase asistían siete personas más. Y a ninguno de los alumnos, por cierto, excepto a Anna Lébed (que tenía la especialidad de violonchelo) le gustaba el solfeo. Por ejemplo, Maksim Kleshchuk (que tenía la especialidad de acordeón), que estaba sentado en el mismo pupitre que Gleb, constantemente movía las piernas, y cuando escuchaba la palabra *tríada* se ponía a sudar. En una ocasión, Klávochka dedicó toda la clase a la tríada, que consiste en transferir un sonido inferior a una octava superior. El primer recurso es un hexacordo, el segundo, un *cuarto hexacordo*. Al final de la clase, le dijo a Kleshchuk que le construyera un hexacordo tónico en do mayor. Kleshchuk, que antes de esto estaba sentado con la cara tensa, parecía haberse quedado fosilizado. Por su rostro corrían silenciosamente unos lagrimones. Bajo su asiento se escuchaba un suave murmullo. Todos se quedaron mirando allí debajo, porque, por grandes que fueran sus lágrimas, ciertamente no podían causar ese murmullo. La mano derecha del acordeonista estaba sobre el pupitre y sostenía la pluma estilográfica, mientras que la izquierda apretaba algo debajo del



pupitre. Desde el asiento, que tenía una forma cóncava, un chorro delgado fluía hacia un charco formado en el suelo. Klávochka no volvió a preguntarle más a Kleshchuk por las tríadas, limitándose solo a preguntas sobre la duración de las notas. Esto significaba que a otros estudiantes les tocaba hablar más a menudo sobre las tríadas. Gleb no podía decirle mucho a su amada chica sobre ellas y eso lo desanimaba mucho. En casa, se sentaba durante horas sobre el libro de texto con un solo objetivo: salir airoso delante de Klávochka. De vez en cuando tocaba los acordes estudiados para la domra. A veces levantaba la vista y observaba cómo se escurría la nieve por fuera de la ventana, porque de alguna manera el invierno había llegado sin darse cuenta. A Gleb le costaba trabajo concentrarse en las tríadas, no solo por la nieve. En casa le distraían muchas cosas. De la casa, a casa, la casa... Esta primera casa fue para él, tal vez, el único hogar en su vida. Luego hubo muchas otras casas, tantas que perdieron su calidad de hogar y se convirtieron en domicilio. Pero su cordón umbilical estaba asociado con esta: la casa. Pequeña, de dos pisos, estaba en el bulevar Shevchenko, el antiguo Bibíkovski. Con un balcón en el segundo piso, escondido entre las ramas de un viejo castaño.

*19.07.2012, Kiev*

Estoy ahora donde en otro tiempo estuvo mi casa. En el lugar donde estaba ella se levanta ahora algo acristalado: un hotel de cinco estrellas, a juzgar por el letrero. Por las paredes de vidrio se desliza la plataforma de unos limpiadores de ventanas. Hay dos que están en los extremos de la misma y hacen movimientos enérgicos con las manos. El cristal los refleja junto con los rayos anaranjados del atardecer, que se extiende por el vidrio junto con el detergente.